

138. A STEFAN ZWEIG

Querido y muy distinguido
señor Stefan Zweig:

Fráncfort del Meno,
30 de agosto de 1930

Muchas gracias por la asiduidad con que me escribe usted sin reparar en mi silencio. ¡Siga haciéndolo, por favor!

El caso Lidin¹ me parece complicado. La última vez lo vi en Niza, nos encontramos casualmente, luego estuvo sentado mucho rato con mi mujer, a quien yo acababa de llevar allá, y pensé entonces que él sería un hombre idóneo para las mujeres, más que yo. Mi propio sufrimiento me ha hecho tan absurdamente sensible que cualquier desgracia me saca de quicio. El pobre Lidin. La pobre mujer. Él no tiene una gran cabeza, pero posee una sólida tradición literaria y gusto propio.

La crítica de Kracauer me ha disgustado mucho. Es uno de los judíos de Jehová, el marxismo es su Biblia; los judíos orientales tienen una buena descripción para hombres así: policía de Dios. También está la incapacidad de entender la nobleza de usted, que tampoco es de este mundo. Pero vale la pena no dejar empeñarse a Kracauer, que puede ser ingenio, pero es muy claro en su falta de comprensión. Ahora está en Bretaña. Hablaré con él, aunque ya lo hice una vez, cuando me dijo que planeaba escribir. Es un conocedor de la lengua, de la filosofía, de la economía y, con todo eso, a veces pasa por alto el corazón humano. La justicia es mala cosa y, si usted puede, evite entregarle material, y perdone que se lo diga. Se empieza a dar importancia al periódico, la república, la manifestación, el parlamento, los partidos, porque la persona se pierde. Y usted, con su aristocrático desdén o menosprecio del efecto que una palabra suya—también en el periódico—puede tener, no lleva razón. Aquellos a quienes usted ama, rara vez lo merecen, y aquellos a quienes us-

¹ Vladimir Germanovic Lidin (1894-1973), narrador.

ted crítica, son también rara vez dignos de ello. Mejor dejar a su propia suerte esta estúpida producción de la nueva literatura. Lo que usted hace por delicadeza particular no es entendido ni comprendido por este público actual.

Me hace feliz que usted quiera escribir a mi favor. Y como sé qué valioso es el material, se lo he comunicado a Kiepenheuer, sin preguntarle a usted. Espero que esté de acuerdo. Él es lo bastante falto de tacto y deseoso de negocio como para importunarle a usted. ¡No se preocupe por eso!

¿Cómo vive usted? ¿Qué escribe? ¿Cómo se siente?

Le envío mis artículos.

Tampoco esto es una carta, sino sólo un signo de mi siempre cálido sentimiento y cordial afecto.

Su viejo amigo,

JOSEPH ROTH

Hotel Englischer Hof

139. A STEFAN ZWEIG

Muy distinguido y querido
señor Stefan Zweig:

*Fráncfort del Meno,
6 de septiembre de 1930*

Disculpe usted el dictado, estoy en pleno trabajo. Me resulta terriblemente difícil prestar o fingir una armonía, siquiera liviana, a mis artículos. Le agradezco cordialmente su conversación con Huebsch.¹ Me daba la impresión de que me tenía cierta simpatía, atenuada por el miedo al riesgo, pero auténtica. Si fuera preciso, yo escribiría a gusto un artículo sobre usted, y si tuviera la más remota esperanza de que pueda existir alguna comprensión en este mundo para su noble-

¹ Ben W. Huebsch (1876-1964), director de la editorial Viking Press de Nueva York, la editorial norteamericana de Zweig, Feuchtwanger, Werfel y el propio Roth, tras la publicación en 1931 de *Job*.

za, intentaría explicar qué lleva a una persona de su clase a luchar por la juventud; y quizá todavía es posible. Tenemos que hablar de esto. En fin, escriba usted una pequeña novela. Quizá en octubre lo visite un momento en su casa.

Quisiera saber cómo están el señor Lidin y su mujer.

Me inquieta no saber nada de su amable esposa. Espero que no haya pasado nada. Mi egoísmo es ilimitado. Capaz de escribir en los casos más extremos, tiemblo en cuanto se demora algo amable y habitual.

Bese la mano a su esposa de mi parte. Disculpe la redacción.

Con viejo afecto, suyo, [JOSEPH ROTH]

Hotel Englischer Hof

140. A STEFAN ZWEIG

Muy distinguido y muy querido
señor Stefan Zweig:

Fráncfort del Meno,
15 de septiembre de 1930

Le agradezco de veras la molestia que se toma conmigo y con Jannings.¹ Kiepenheuer estuvo un día aquí y me dijo que le iba a importunar a usted con la historia. Eso es malo. Le pido disculpas por las probables faltas de tacto que mi editorial comete por mí. Le tengo que dar y quitar la razón al mismo tiempo.

Le adjunto una carta para que, si usted es tan amable, se la dé al señor Jannings. Se lo agradezco. Estoy preocupado por su mujer. Bese usted su mano de mi parte. Voy a contes-

¹ Emil Jannings (1884-1950), actor cinematográfico, célebre entonces por su actuación junto a Marlene Dietrich en *El ángel azul*. Zweig pensaba en una versión cinematográfica del *Job* de Roth, con Jannings y Dietrich en los papeles principales.

tarle mañana o pasado. Le ruego entretanto le haga saber el contenido de esta carta.

He hecho alojar a mi mujer con una psiquiatra judeo-húngara. La mujer estuvo un día aquí conmigo. Tiene algo infernal en la mirada y los gestos. Me pareció una bruja. Y hecha del material en que consiste la locura misma. Quizá por eso sea de momento la indicada para hacer algo. En el caso de que su mujer vaya a Viena, le ruego visite la pensión donde vive mi mujer y ayude a la doctora Szabo. La dirección es: Pensión Kühnel, Perchtoldsdorf.

Los artículos están listos. Escritos al azar y fragmentariamente, pero con mucho cuidado en el detalle. Se los envío a usted uno tras otro. A partir de octubre puede que vuelva a escribir regularmente para el *Frankfurter Zeitung*.

Pagan muy mal, pero necesito un apoyo sólido, en tanto la novela no produce nada y me entero de que la editorial Kiepenheuer no hace un negocio brillante. Pienso que posiblemente necesitaré otra editorial. Quede entre nosotros. ¿Cree usted que la editorial Insel es apropiada para mí?

En vieja y cordial amistad, suyo,

[JOSEPH ROTH]

Hotel Englischer Hof

141. A STEFAN ZWEIG

Muy distinguido
y querido Stefan Zweig:

Fráncfort del Meno,
22 de septiembre de 1930

Tendré que acceder a su petición de no llamarle «señor», si tiene usted la sospecha de que eso interfiere con la cordialidad de nuestra relación. No necesito decirle que me honra.

Le agradezco que haya leído *Job* una vez más. Encuentro superfluo haberlo escrito. No tengo más relación con él. Es-

toy harto de él, cansado a más no poder. Creo que el libro no puede obligarme más que yo mismo. Créame, hace años que soy para mí una obligación y a veces una carga imprescindible. Si escribe usted sobre *Job*, no haga ningún esfuerzo especial, su nombre es lo bastante efectivo. Sentiría que hiciera usted algo excepcional, cosa que en Alemania apenas se comprende y sin duda no es honrado conforme merece.

No tengo que decirle con qué disgusto me he atado de nuevo al periódico. Pero ¿qué iba a hacer? Kiepenheuer tiene más dinero para Viena y casi nada para mí. Hace tres semanas que vivo de dinero prestado. Aunque he escrito cincuenta páginas mecanografiadas para el *Kölnische Zeitung*, el dueño me escribe que siguen siendo demasiado pocas y que debiera escribir otros tres artículos para que me pague los restantes 1.000 marcos. ¿Qué voy a hacer? Le he contestado que tiene razón, si paga por líneas; y que la tengo yo, al ahorrarlas. De modo que tampoco tendré esos 1.000 marcos. No se me ocurre otro expediente que el acuerdo con el *Frankfurter Zeitung*. Acaso no sepa usted qué es no poder aguardar un éxito, simplemente porque no se tiene dinero. Apenas podré terminar para mediados del año que viene mi nuevo libro recién empezado. Tendré que escribir en el *Frankfurter Zeitung* cuatro veces al mes e incluso más.

El señor Horovitz,¹ de la editorial Phaidon, me propone escribir un libro por 3.000 marcos. Tiene que titularse *El Orient Express* y tratar del tren, sus pasajeros, sus hoteles y lugares de reposo. Negocio con Kiepenheuer para que me permita esta escapada, puesto que ahora no me puede dar más dinero, pero tampoco el dinero de Horovitz estará aquí antes de diez días, y quién sabe si el contrato es tan leonino que no lo puedo firmar. Este año, aparte de *Job*, he escrito una novela ligera, cincuenta páginas de sólido trabajo para el *Kölnis-*

¹ Bela Horovitz (1898-1955), fundador de la editorial Phaidon de Viena y, tras el exilio en 1938, de la editorial Phaidon Press, en Londres.

che y unos ochenta artículos; y estoy sin saber qué partido tomar. Hubiera sido mejor no trabajar, ni ponerme tan enfermo como me pongo. No puedo esperar el éxito de *Job*. No tendrá lugar antes de enero y hasta entonces faltan tres meses.

En caso de que pueda llegar a un acuerdo con Horovitz, habré provisto de algún modo dos meses y medio, pero luego tendré que trabajar, porque quiere el libro para el 1 de marzo.¹

Muchas gracias por el «Mesmer». Voy a leerlo esta noche y enviarle a usted una nota mañana. No creo que haya perdido la formulación rápida, más bien creo que está en el tema, si se lee usted bien las pruebas. También tengo curiosidad por su «Freud».² ¿Cuándo lo tendrá?

Mencioné la editorial Insel porque temía que Kiepenheuer no tuviera dinero, y yo tengo que vivir. Estoy demasiado enfermo como para vivir, encima, desagradablemente. No puedo mortificarme en lo literario sin entregarme al vicio en lo corporal.

Siempre cordial, suyo,

[JOSEPH ROTH]

142. A STEFAN ZWEIG

Querido y distinguido
Stefan Zweig:

Fráncfort del Meno, martes
[23 de septiembre de 1930]

Me resisto a escribirle esta carta desde hace una semana y, ahora, tras una conversación que he tenido con Kiepenheuer, debo hacerlo. Mi mujer acaba de ingresar otra vez en el sanatorio,³ estoy esperando una llamada de Viena. Kiepen-

¹ En lugar del *Orient Express*, la editorial Phaidon publicó la segunda edición de *Hotel Savoy*.

² Se refiere a las galeradas de los ensayos de Zweig sobre Mesmer y Freud que se incluirían en el volumen *La curación por el espíritu (Mesmer, Baker-Eddy, Freud)*.

³ En Rekawinkel, a unos veinte kilómetros de Viena.

heuer no puede adelantarme más. Quisiera irme, antes incluso de que lleguen los 3.000 marcos de Horovitz, de los que le escribí ayer. Cada día aquí resulta caro y perdido. Le ruego disculpe, me parece como si corriera el riesgo de hacer odiosa nuestra relación. Debo enviar dinero a Viena urgentemente, pagar aquí e irme, irme lejos, aún no sé adónde. Adjunto una carta al señor Horovitz donde le pido que le envíe a usted los 3.000 marcos. Y le ruego a usted me envíe aquí una parte de esa suma o lo haga transferir de un modo rápido. Todos mis intentos con mi mujer han fracasado. Estoy agotado, realmente acabado. Perdonará usted a un hombre en mi situación la tosquedad con que debe hacer uso impropio de una relación verdaderamente noble. Me han interrumpido. Acaban de llamarme de Viena. De nuevo es necesaria una reorganización, debo enviar dinero, de eso dependen mis últimos vestigios de tranquilidad. Le ruego también solicite al doctor Schacherl su intervención, le telegrafiaré a usted al mismo tiempo. Disculpe que sea tan abrupto, debo terminar.

Afectuosamente, suyo,

JOSEPH ROTH

Hotel Englischer Hof

143. A BELA HOROVITZ

Muy distinguido
señor Horovitz:

*Fráncfort del Meno, martes,
23 de septiembre de 1930*

Le ruego tenga la amabilidad de enviar al señor Stefan Zweig el adelanto de 3.000 marcos (tres mil), conforme a la conclusión de nuestro contrato.

Aún no sé si estaré en París—adonde le rogué a usted que enviara el dinero—después de este cambio.

Con un saludo afectuoso, suyo,

JOSEPH ROTH

144. A STEFAN ZWEIG

Querido y muy distinguido
Stefan Zweig:

Fráncfort del Meno, jueves
[septiembre de 1930]

Su «Mesmer» es más grande de lo que parecía a primera vista, no lo he terminado hasta ahora. No tiene sentido adjuntar una nota. No he dado con nada llamativo que no me haya agradado, y el resto lo hará usted mismo. Además, estas galeadas son especialmente malas y están llenas de faltas. Gran parte está revuelta y unida por signos de dos puntos, allá donde seguro que usted no ha puesto ninguno. El principio es algo difícil, no parece un principio, sino, literariamente, un nudo. No es para «irse penetrando del lenguaje del autor». Es como si se hubiera abierto al azar por cualquier parte. Yo separaría y acortaría las frases. Daría el tono más poco a poco. *Comenzaría* a contar una historia inaudita. Usted pone demasiado por delante, al principio. Así y todo, el principio no conduce *medias in res*, sino *medias in scientia*. ¡Pero luego! ¡Pero luego! Es mucho más hermoso que la «Christian Science», y en las últimas páginas se hace realmente grandioso. En medio, pasajes con el sabido paroxismo. «¿Adónde ahora, hombre viejo?» me ha conmovido. Y el último párrafo—incluyendo algunos tiempos verbales en imperfecto, en lugar de perfecto, por ejemplo—es de una belleza verdaderamente clásica, recuerda a la prosa de Burckhardt,¹ tiene la ligereza grave de lo realmente bueno. En general: usted siempre utiliza «que» en lugar de «como»,² se sirve demasiado poco del punto y coma, une mediante técnica de frase aquello que sólo está unido en el pensamiento, y presta demasiada poca atención a la *consecutio temporum*. Comparaciones

¹ El historiador Jacob Burckhardt (1818-1897).

² *Als sttat wie*: vulgarismo consistente en emplear la partícula del comparativo de desigualdad en los casos de igualdad.

del campo de la cultura, analogías y demás, me parecen excesivas y no del todo logradas. Fuerza usted una semejanza parcial, como por ejemplo con Colón, hasta hacerla total. A veces le tiraniza a usted su hermosa riqueza en asociaciones. Ahora bien, muestra usted aquí el don de la concentración en una medida aún no alcanzada por usted mismo. Otro habría escrito mil páginas. ¡Y eso debe honrarle a usted, que tanto sabe y tanto deja a un lado! ¡Mi querido, querido, distinguido conocedor! Desearía que en las primeras treinta páginas hiciera usted su riqueza, brillantez y abundancia *más porosas*, ligeras, suaves y también fuertes. No puede usted retenerse—y sé que eso procede de su calidad—una vez que empieza. Al principio parece usted alguien casi ávido de sí mismo, le anticipa al lector la avidez. Yo alargaría el último párrafo, el maravilloso, lo alargaría literariamente conforme al sentimiento. Es mi propia manera de ver, por eso mi deseo no es objetivo.

Le doy las gracias *con todo afecto*.

Esta mañana recibí su carta, anoche su telegrama. Permítame hablar una vez más de dinero. *Debo* hacer el asunto con Phaidon. Lo encontraré a usted. Pero me es imposible tomarle a usted dinero prestado, en tanto pueda ganarlo mediante el trabajo y no comparta su optimismo de que me irá mejor. Ahora mismo he tenido que enviar 1.000 marcos a Viena, mi mujer está en Rekawinkel y el médico *no* se inclina por el diagnóstico de esquizofrenia. De modo que esta historia puede costar aún una enormidad de dinero y, *objetivamente, con justa razón*—y como Kiepenheuer no puede pagar más y mi mujer es lo más importante para mí, porque no me da paz—, no *puedo*, en nombre de intereses propios, lastrar nuestra amistad con la inmundicia que, con todo, es el dinero. Trabajaré hasta reventar. Mi carta a usted debía de ser terrible; ya no lo sé, era una situación espantosa. Llamadas de Viena, conversación negativa con Kiepenheuer; no supe contenerme, perdí el decoro, perdóneme. Y

sé, sé muy bien, cuánto bien puede hacer usted y que también hay otros, y que no me es lícito exagerar mis tormentos, aunque me ahogan de tal modo que veo ante mí, *sin cesar*, mi última hora. Pero usted sabe de muchos tormentos. Y todos son igual de importantes. Y yo mismo quisiera anticiparle dinero a Lidin, y hágale saber, se lo ruego, que puede contar conmigo.

Ahora mismo he anunciado mi llegada a Königstein, donde Simon está enfermo. Es el único que conoce a Pagenstecher.¹ Voy a intentar, si no tiene fiebre alta (pleuritis) hablar con él sobre Lidin. Siempre se puede bajar el precio, eso lo sé yo. Le telegrafiaré a usted, si hay perspectivas. *En cualquier caso* estoy a disposición de Lidin.

Recibo la noticia de que Landauer, el apoderado de Kiepenheuer, viene aquí, esta noche o mañana por la mañana. Ahora tengo un conflicto con la editorial. Es asqueroso que el dinero pueda destruir algo y que tenga el poder que tiene. Quizá soy injusto. Pero mi mujer es tan importante, ¡si es que tengo que vivir! Puede que tampoco quiera usted admitirlo. No tiene usted idea de esto.

Salgo mañana, primero voy a Colonia. Me reenviarán el correo. Me reúno con Reifenberg en aquella ciudad. A causa del dinero, mi próximo medio año está repleto de trabajo inmundo para el periódico y cosas parecidas. Pero puede que obtenga del *FZ* un viaje a Rusia. Y eso, por supuesto, me rejuvenecería.

¿Mantiene usted el plan?

Su mujer está confusa, a mí me lo parece. Ayer le escribí. Bese su mano de mi parte.

Con el afecto de siempre, su amigo, JOSEPH ROTH

¹ Adolf Pagenstecher (1877-1937), oftalmólogo, director de la prestigiosa clínica de su nombre en Wiesbaden. En abril de 1930, James Joyce había visitado su consulta.